

con sus revelaciones; la realidad le dominaba como á un buen romano, práctico de suyo en contraste con los griegos y con los asiáticos. Además, los muchos matrimonios que había urdido y las muchas mujeres á quienes había amado indicaban bien claramente su propensión invencible al sexo hermoso y su debilidad por la pasión primera entre todas las pasiones, su debilidad por el amor. Luego el proceder de Augusto engendraba presentimientos faustos en Cleopatra. Después de Accio la misericordia brilló en todos sus actos. Llegado á la ciudad hermosa de Alejandro, no le aquejaron en tan crítico minuto ni los desvanecimientos del triunfo ni los deseos de la venganza. Lejos de tratar aquella población como vencida, la trocó en mercado de los tres continentes y en verdadera intersección ó encrucijada de todas las vías abiertas en nuestro planeta. El desierto palacio de los Ptolomeos, franco á su entrada, le inspiró un religioso respeto. No se asentó bajo el solio en el aula por no profanar la sombra de los reyes egipcios y por no turbar la resonancia del pensamiento alejandrino. Su magnanimidad resultó tan grande, que aquel Egipto misterioso, pagado de sus múltiples números y de sus divinas dinastías, dató del reinado de Augusto una era nueva, la era por excelencia, que todavía se cuenta en los pueblos y en los

relatos nuestros. Aunque los ciudadanos de Alejandría tendieron las espaldas bajo sus pies, no quiso él pisarlas. Aunque armoniosas letanías, subidas á sus orejas en formidables aclamaciones de adulación y de lisonja, le circuyeron, él no quiso embriagarse. Lejos de optar por el carro de los vencedores, ó por el trono de los déspotas, entrando en triunfo, ufanado con humillar la sombra de Alejandro, entró del brazo con Areyo, un filósofo, para decir así cuánto se honraba honrando la ciencia y cómo iba modestamente á pie por las calles aquellas, prefiriendo ser ciudadano que déspota de Alejandría. En el gimnasio, donde Antonio erigiera los tronos de oro y se alzara en guisa de Dios, congregaba los alejandrinos Octavio en forma de asambleas libres, y les decía discursos á modo y manera de orador ateniense. Así pudo explicarles con espacio y con solemnidad las causas que le movieran á una entrada tan humilde, y que fueron el respeto cuasi religioso al inmortal fundador de Alejandría, el gusto artístico por sus calles geométricamente trazadas, el afecto amistosísimo á sus filósofos. Luego se gozó en las honras fúnebres de Antonio; y cuando ya estaban concluídas y perfectas al modo y rito romano, entregó lo que había quedado del general para la tierra, con el fin de que Cleopatra pudiera colocarlo, como lo colocó,

en compañía de los reyes. Concluidas estas ceremonias y cumplidos todos sus deberes con el amante, vista la magnanimidad increíble de Octavio, que no había querido ni entrar en triunfo por Alejandría ni posesionarse como dueño del palacio de los Ptolomeos, Cleopatra volvió de la tumba, donde se había refugiado, á la mansión de sus padres. Seguidamente que supo tal decisión, envió su emisario Proculeyo á requerirla de amistad y ofrecerle tributo de respeto. Cleopatra le dirigió una elocuente acción de gracias por los funerales consagrados á su Antonio y una súplica fervorosa para que guardase á sus hijos la sacra diadema del Egipto. Tras Proculeyo se presentó Galo. Éste le dió aún seguridades mayores, diciéndole cómo el vencedor deseaba su amistad y alianza, no pudiendo en su corazón olvidar que había reinado Cleopatra sobre las pirámides de Egipto, sobre la fuerza de Antonio y sobre la inteligencia de César. Cleopatra debió quedar de todas estas conversaciones muy poco satisfecha cuando se reconcentró en sí misma y se puso á pensar de nuevo en la muerte. La corriente del tiempo y su contemplación le absorbió los minutos entre la ida de los embajadores, que llevaban sus mensajes al vencedor, y la llegada del vencedor, que se disponía para una suprema entrevista con la reina. Pensaba ésta, en

tan crítico momento, como decimos, que la muerte aparecerá siempre todo lo más triste ó más funesto habido en la naturaleza; y luego nos encontramos en trances donde sólo habemos á mano una salida, la salida del sepulcro. ¡Cuán pocas veces detendríamos la carrera del tiempo! En el deseo hay encerrado un suicidio. Queremos realizarlo y sólo puede realizarse en el tiempo futuro, cuando haya muerto una parte de nuestra existencia. Los dioses no quieren que rompamos la cadena por la cual vivimos atados á la tierra. Es verdad. Pero cuando ellos mismos suministran la fortuna y nos presentan como una piedra rodada al camino de nuestra vida la ocasión de inevitable muerte, hay que aprovechar tal coyuntura y romper la terrena servidumbre para subir al cielo y al sol eternos. Si hemos, para salir del mundo, de aguardar los golpes de la muerte, no somos libres, pues ni disponer podemos de lo que más en propiedad nos pertenece, de la vida. Y pudiendo á nuestro arbitrio dar la vida por los demás, cosa plausible, con razón mayor podremos darla por nosotros mismos. Los dioses no han querido consultar nuestra voluntad para existir, porque si la hubieran de algún modo consultado, ningún mortal nacería. Y han dejado el no envejecer, el no penar, el no vivir á nuestro libre albedrío. Viniendo á diario la muerte hacia nosotros,

también podemos nosotros ir hacia la muerte y acelerar nuestro paso y disminuir su camino. Las religiones todas han colocado entre sus seres capitales á los mártires, esos verdaderos suicidas, y á los ascetas, porque han sabido exentarse y eximirse de vivir en el seno de la vida. Ser no parece cosa tan grande como el común de los mortales cree. Tenemos el ser de idéntico ciertamente con las cosas más ínfimas, con las uñas del buho, con el excremento de las ratas, como tenemos el vivir de idéntico á su vez con los animalejos más diminutos, con el cúmulo inmenso de los innumerables parásitos. Si resulta mayor nuestra vida que la simple vida animal es por ser también más voluntaria nuestra muerte. No hay animales suicidas; pero el hombre puede suicidarse, pues como la victoria mayor está en vencerse á sí mismo, el mayor acto de soberanía está en matarse.

Todos estos pensamientos de una filosofía muy pesirista y muy arraigada en el seno de los tiempos antiguos iba Cleopatra rodando en su ánimo según se iba viendo más vencida en sus combates y más abandonada por el destino fiero. El pensamiento que más lucía en su conciencia, el afecto que más entañaba en su corazón, el propósito predominante de su vida era seguir y seguir con celeridad al infeliz esposo. Pero madre, no podía irse

del mundo sin curar antes de sus hijos. Aunque á la primera vista de su desgracia y á los primeros asaltos de su dolor cerrara los ojos á la luz y resolviera morir de hambre, las embajadas porfiadísimas de Octavio le despertaron dos sentimientos arraigadísimos: ambiciones de reina y afectos de madre. Así, repuesta un poco de su primera desesperación, deseó la vida para ver si aun dominaba con seducciones y encantos propios de aquel natural suyo á los dueños de la tierra. Octavio mostró deseo de ir á verla mucho antes de mostrar ella el deseo correspondiente de ver á Octavio. Al saber que deseaba verla, sobrepúsose á todos sus afectos el orgullo y negó la entrevista. Pero, como amenazase Octavio con matar á sus hijos, el amor de madre lo venció todo y decidió recibirlo en su palacio. Fué á visitarla, pues. Cleopatra pensó un momento en ceñirse todas sus galas y obrar sobre Octavio como había obrado sobre Antonio, seduciéndolo con sus gracias y deslumbrándolo con su lujo. Pero el dolor en primer término, y después un sentimiento de conveniencia muy fino la obligaron á recibirlo de luto y duelo. Cuando entró, encontrábase recostada en estrechísimo lecho ella; vestida como conviene á la viudez; los cabellos esparcidos, los velos rasgados; mostrando todas las señales del dolor de su alma en la tristeza del rostro y todas las heridas

que los transportes de tal dolor abrieran á una en su breve y hermoso cuerpo. Al verlo entrar, lanzóse del tálamo, corrió á sus pies y abrazóle con efusión las rodillas. Sus cabellos se enredaron en las armaduras de Octavio y sus ojos se convirtieron á los ojos de aquel hombre con el fuego que había deslumbrado al genio de César y derretido el corazón de Antonio. Mas bien pronto advirtió cómo la complexión del dictador perpetuo no correspondía con la complexión de sus ilustres antecesores. ¿Cómo seducirlo? ¿Cómo vencerlo? Imposible de todo punto. ¿Por la elocuencia? La elocuencia no mueve á los sofistas que llevan el pro y el contra de todo en su entendimiento. ¿Por la música? La música, que adormece á una serpiente, no adormece á un tirano. ¿Por la filosofía? Se hubiera reído á mandíbulas batientes de que una mujer la profesara. ¿Por la conmiseración? Era cruel. ¿Por la gracia? Era indiferente. ¿Por el amor y la seducción? Era frío como el mármol. Para sentir pasiones extraordinarias precisa tener facultades extraordinarias también. Sólo el excepcional genio de Julio César y el excepcional valor de Marco Antonio podían consumirse á una en el fuego y en el sentimiento de Cleopatra. Desde que lo columbró, entendió la reina solamente deseaba sus riquezas para despojo y su persona para trofeo. Parecíase

por tal modo aquel hombre á una reconvencción viva, que Cleopatra comprendió bien pronto hallarse allí en presencia de un tribunal jurídico y no de un corazón amante. Así, á los pocos minutos, recogió la serie de sus seducciones como pudiera un pavo real asustado recoger el abanico de su cola, y se puso en la resignada y humilde actitud propia de un reo que se defiende á sí mismo con toda clase de racionios ante un severo é implacable magistrado. Así la entrevista se dividió en dos partes: una de súplicas, otra de disculpas.

Los cargos capitales dirigidos por Augusto á Cleopatra se resumían en estos dos: primero, la ingratitude con César, á quien debiera el trono, deuda más tarde acrecida por obsequios y favores innumerables y pagada con la deserción de su bandera y el auxilio á sus asesinos; segundo, el amor interesado hacia Antonio, en el cual no entraban tanto los afectos naturales á un corazón de mujer como las ambiciones propias de una reina. Realmente la escena representada en estos minutos por la tentadora serpiente demostraba que la gloria de su nombre ilustre, los verdes laureles de su dinastía inmortal, el acrecentamiento de un imperio tan vasto, la dominación de razas tan diversas, el deseo de reproducir las grandezas de Alejandro frente á las grandezas de César, aquella nativa emulación del

Oriente con el Occidente que llena toda la historia humana, superaba con mucho al amor de Cleopatra por Antonio. La egipcia representa y personifica la exaltación al trono de una mujer sensual y voluptuosa, de pocos escrúpulos femeniles y de ninguna conciencia moral, tentada siempre por los reclamos del amor y tentadora, que avasalló primero al divino César, exaltando su genio al contacto de su alma, y avasalló luego al pretoriano Antonio, exaltando el sensualismo suyo al contacto de su cuerpo, seducciones guiadas por su ambición de reina y sometidas al interés de su dinastía y de su imperio. Naturalmente, un hombre tan hombre como Antonio, de fuerza y de vigor increíbles, en quien la naturaleza material predominaba con aquel predominio soberano, debía satisfacer los instintos groseros de la hembra mal satisfechos por la hermosura de César, muy olímpica ciertamente, pero afeminada y recordando siempre más la gracia de su inmortal abuela Venus que la fuerza física de Marte, intensamente representada por Antonio. No hay en la historia tipo de mujer caída y viciosa tan femenil como el tipo de Cleopatra. Ella no libra ningún género de proyecto al poder propio de los dueños del mundo, ni á las intrigas de las cortes, ni á la fuerza de las armas; ella lo libra todo á sus fascinaciones y á sus encantos. Cuando Cé-

sar está en Alejandría no espera cosa de su entendimiento político, el cual debía moverle á conjurar la usurpación del hermano que la destronara; esperó todos sus apetecidos logros del encantamento llevado en su cuerpo, y entrando metida dentro de un fardo en el palacio cesáreo, avasalla para siempre al César. Luego, cuando, muerto César, propende al partido estoico de los republicanos últimos, y rotos éstos, Antonio recoge como encargo capital castigarla, no apercibe naves, ni requiere armas, ni junta pertrechos, ni congrega ejércitos; velámenes de púrpura, cordajes de seda, tapices de Persia, pebeteros de ámbar, cojines de tisú, guirnaldas de flores, flautas de oro, danzas de bacantes, y sus propias gracias, aquellas gracias avasalladoras, le sirven para esclavizar al general romano y sobreponer al Occidente prosaico y positivo el hechicero y panteísta Oriente. En Accio los nervios suyos no le permiten presenciar el horror de una batalla, y después de haber puesto en línea escuadras fortísimas como soberana omnipotente, huye avergonzada y confusa como histérica mujer. Y aunque ya raya en los cuarenta, y el exceso ha fatigado su cuerpo, si quiera no haya de ningún modo enflaquecido ni hastiado su alma, todavía libra mucho en el poder perdurable de su sexo propio sobre el sexo opuesto, y de sus gracias personales sobre todo varón. Así per-

mite que su ejército de tierra se rinda en Pelusa y abra las puertas del Egipto al vencedor; permite que los restos de su escuadra se rindan á pesar de su número y de su fortaleza, en la rada misma de Alejandría; para extraer su trono entero de aquel deshecho naufragio y colocar á sus hijos, transmitiéndoles con fortuna la herencia de cien abuelos, basta con repetir los medios empleados en César y Antonio. Como sugirió al primero cambiar la sede capital del mundo, llevándose en sus bagajes desde las orillas del Tíber á las orillas del Nilo; y como sugirió al segundo el impulso, merced al cual desenvainó su espada contra Roma, creía ejercer el mismo influjo y determinar el movimiento mismo en Octavio, el tercero y último de los dueños del mundo. Pero en Octavio se halló solamente la política de perfidia, el cálculo de un frío matemático, la doblez de un ambicioso débil, la razón de Estado prosaica, la burocracia tradicional completamente falta de nervios y de sangre, sobre cuyas facultades no ejerce poder alguno aquella seducción femenil que usara y ejerciera Cleopatra en César y Antonio, quienes, por lo mismo que tenían pasiones y fuerzas, estaban sujetos á debilidades y caídas.

No cabía poner de ningún modo ni la disculpa ni la justificación. Intentólo Cleopatra después de ver la poca eficacia de sus fascinaciones sobre

aquel cuerpo casi yerto y nada consiguió. Elocuente, muy elocuente, no acertó á explicar en su elocuencia ni sus alianzas con los tribunos ni sus sugerencias á los pretorianos. Apenas decía una frase, Octavio le cerraba el camino, bien con una observación profundísima en que la exactitud rompía ó derrotaba la elocuencia, bien con un recuerdo en que la evocación oportuna recrudecía las acusaciones fiscales. Parecióle así á Cleopatra inútil toda justificación, y se redujo á pedirle muy encarecidamente que la dejara vivir en paz y pusiera en el trono, ya que á ella no, á sus hijos. Hizo, pues, todo lo posible por vivir. Los buques reunidos en sus costas egipcias tras los desastres de Accio, como avecillas vueltas á su nido y reentradas bajo sus alas, fueron por mandato suyo conducidas al istmo de Suez, para ver si podían, pasando en hombros de siervos, caer en el Mar Rojo, y requiriendo desde allí el Oriente, levantar bajo los cielos de Caldea, sobre las arenas del desierto, con los escombros de Babilonia y de Nínive, por la desembocadura del Éufrates y del Tigris, tan semejantes al Nilo, un imperio nuevo de Alejandro, que reprodujera la fuerza y el poder de Semíramis, la voluptuosidad y el ardor de Sardanápalo. Pero frustrada esta empresa, ya no le quedó ningún recurso para salvarse más que la seducción natural de sus gra-

cias y el soberbio poder de sus instintos. Frustrado este medio á su vez en la frialdad congénita con Octavio, ya sólo pensó en comprarle. Todo cuanto se le había ocurrido para moverle aquel día con móvil espiritual é íntimo cualquiera, fué colocar las efigies y simulacros de César en el recinto donde recibió al heredero y sobrino suyo para que le recordasen todo su poder de hembra y toda su autoridad de reina sobre la persona de aquel á quien debía Octavio la posesión de su imperio. Mas agotados todos los recursos recurrió á las riquezas, única cosa que aguijoneaba la curiosidad y exacerbaba el deseo de un dictador tan prosaico. La escena de amor, el diálogo de política, el intento de seducción mezclado con proyectos de glorias y dominaciones, concluyó por manera bien vulgar, concluyó entregando Cleopatra el inventario de sus tesoros y riquezas. Octavio, en quien la codicia ejercía tanto imperio como la voluptuosidad en César y Antonio, miró aquellas tablas cubiertas de números como el avaro contempla su oro, con la misma increíble pasión. Pero en aquella tierra de traiciones y en aquel imperio descompuesto quedábanle á Cleopatra nuevas amargas que gustar y nuevos contratiempos que sufrir en el contagio de inmoralidad que pudría hasta el aire vital. Seleuco, su tesorero, deseando congraciarse con el tirano,

le reveló en aquel mismo momento que había Cleopatra burlado una porción de joyas y dinero á su codicia. Cuando la reina oyó esto, levantóse del amplio cojín donde yacía tendida, y persiguiéndolo por el salón clavóle sus uñas como una gata en la garganta, con tal furor, que lo estrangulara seguramente á no arrancárselo de las manos. Octavio se desternillaba de risa viendo tal cólera y mirando la metamorfosis en tigre de aquella serpiente. Cleopatra le observó cuán horrible cosa era que mientras él, su enemigo y vencedor, le rendía tantos homenajes y le daba tantas alabanzas, aquel perro se atreviese á morderle y le arguyese y acusase de distraer para sí riquezas separadas, no con ánimo de ornarse á sí misma, con ánimo de regalarlas á Livia, mujer de Octavio, y á la hermana misma de éste, viuda legítima del pretoriano Antonio. Viendo el dictador los recursos empleados por Cleopatra para granjearse la protección suya, creyóla incapaz de todo acto resuelto, y decidida, muy decidida, por vivir y perdurar en este mundo. Así es que, haciéndole reverencias parecidas á muecas, y mofándose allá en su interior del afán que mostraba por vivir, se despidió de Cleopatra Octavio.

¿Cuál fué la causa ocasional de la muerte que, burlando todos sus instintos y venciendo todas sus propensiones, Cleopatra se diera con valor heroico